

EL AMIGO DEL OBRERO

Montevideo, Miércoles 7 de Abril de 1920

Órgano de los Círculos Católicos de Obreros del Uruguay

(PORTE PAQO) Año XXII—Núm. 2046

Oratio vivo, reina e impera

AMIGO DEL OBRERO

Publicado en Montevideo el 7 de Abril de 1920

ARECE LOS MIERCOLES Y SABADOS

Redacción y Administración:

MEROEDEB, 947

Montevideo, 111 (Central)

MONTEVIDEO

REDACTORES

LUIS P. LENGUAS

Y MIGUEL PERLA

SECRETARIOS DE REDACCION

JUAN NATALIO QUAGLIO

HECTOR E. TOSAR ESTADEB

RESPONSABLES:

En PARIS: François Veullot

En FRIBURGO: Max Tümmann

SUSCRIPCION

Por mes, 0.20

Por trimestre, 0.60

Por semestre, 1.20

Por año, 2.40

Los avisos en 3.ª y 4.ª página, a una columna o más columnas, por centímetros de altura.

La Administración no aceptará cualquier aviso que se le presente, si no se le ha dado el derecho de rechazar los que no le convengan.

EL AMIGO DEL OBRERO no admite publicaciones de redacción pagadas.

Agentes en todos los pueblos del interior.

Se reciben suscripciones en las casas arroquiales.

Administrador

Angel Martínez Álvarez

Círculos Católicos de Obreros existentes en el país

Montevideo, calle Minas 1244 — La Unión

— Villa Colón — Villa del Cerro

— Paso del Molino — Guadalupe

— Las Piedras — Pando — Salto

— Mercedes — Fray Bentos — Minas

— Arriano — Trinidad — Rocha — Payson

— San José de Mayo — San Carlos

— San Fructuoso — Nueva Heligolandia

— Treinta y Tres — Florida — Santa Lucía

— Sarandí Grande — San Isidro

— Rosario — Maldonado — Santa Rosa

— Canelones — Rivera. Oficina del Consejo Superior de los Círculos: Mercedes 947.

INDICADOR CRISTIANO

Miércoles 7. — Stos. Epifanio obispo, Ciríaco y 10.000 comp. mrs.

Jueves 8. — Santos Dionisio y Nando ob., Alberto Magno y María.

Viernes 9. — Stos. Demetrio e Darío, mrs., Casilda, vg., y Mariano.

Orden de los Fieles para el año 1920

ABRIL

6, 7 y 8, Hermanas Alemanas (calle Martín García).

9, 10 y 11, Parroquia de la Florida.

12, 13 y 14, Parroquia de Mercedes.

15, 16 y 17, Seminario Conciliar.

18, 19 y 20, Parroquia de Fray Bentos.

21, 22 y 23, Capilla de los Dolores (8 de Octubre).

24, 25 y 26, Parroquia de Santa Lucía.

27, 28 y 29, Parroquia de Pan de Azúcar.

30, Parroquia de Santa Rosa del Parem.

Mayo — 1 y 2, Parroquia de Santa Rosa del Cuareim.

3, 4 y 5, Parroquia del Cordon.

6, 7 y 8, Parroquia de la Aguada.

9, 10 y 11, Parroquia del Paso de los Toros.

12, 13 y 14, Hermanas de María Auxiliadora (Guadalupe).

15, 16 y 17, Parroquia de Pando.

18, 19 y 20, Parroquia de Sarandí Grande.

21, 22 y 23, Iglesia del Buen Pastor.

24, 25 y 26, Parroquia de San José.

27, 28 y 29, Parroquia del Paso del Molino.

30 y 31, Parroquia de Treinta y Tres.

DE NUESTRO PRELADO

Sobre la unión social del Uruguay

Venerables Sacerdotes:

Muy amados fieles en el Señor:

Encargados, por mandato divino, de enseñar a todas las gentes el camino de la verdad y la práctica del bien, no podemos sino dispensar una profunda simpatía, ni dejar de ofrecer nuestro decidido apoyo a todo esfuerzo que signifique un beneficio para la cultura cristiana del pueblo y un paso más en la difusión o arraigo de la moral y de la justicia en la sociedad.

Y bien; en este orden de ideas, y tendiendo a tan nobles objetivos, desarrolla sus actividades la Unión Social del Uruguay. Ha sido aquí su génesis y en él dicha obra se ha inspirado constantemente, ejerciendo así, en nuestros centros urbanos y rurales, un intenso y fecundo apostolado. Una ligera mirada a sus estadísticas basta para autorizarnos plenamente a lanzar esta afirmación:

La obra, en efecto, (nos lo dicen así sus crónicas y hemos podido comprobarlo personalmente), ha hecho circular, del uno al otro confín de nuestro territorio, una corriente inagotable de hojas, folletos y libros, desbordantes de sana lectura, de alentadores ejemplos, de estímulos irresistibles para la acción; ha levantado sus cátedras de cultura popular por todas partes, dejando caer de ellas, sobre las muchedumbres apiñadas a su alrededor, la palabra de orden, de paz y de concordia entre las diversas clases sociales; las normas reguladoras de la vida individual y colectiva, según los grandes principios de la Fe, únicos que dignifican a los hombres y a los pueblos, y las soluciones cristianas a los pavorosos problemas que se plantean entre el capital y el trabajo, sin las cuales es imposible establecer el equilibrio moral y económico en los consorcios humanos; ha venido, por fin, mediante una propaganda perseverante y múltiple, educando las conciencias para la acción católica en todas sus variadas manifestaciones, y merced a ella (podemos decirlo con honda satisfacción), muchas actividades latentes han despertado de su letargo; muchas, también, aplicadas ya a la labor, han intensificado sus energías, y otras, por último, han germinado y se han robustecido, influenciadas por esa lluvia fecundante y nutritiva.

Podremos, pues, dudar de que muchas de las obras surgidas en los últimos años, en nuestro campo, deben su origen, su floración y sus frutos a las ideas vertidas por la Unión Social; a los consejos e iniciativas lanzados por ella a los cuatro vientos de nuestro territorio?

De ninguna manera. De aquí que dicha institución ostente innumerables títulos a nuestra deferencia y nos impulse a consagrarle, sin restricciones, junto con nuestro aplauso espontáneo y caluroso, nuestra cooperación amplia y decidida.

Satisfáenos sobremanera ver que a nuestras palabras aprobatorias uniese las vuestras, venerables sacerdotes y amados fieles, y que a nuestra cooperación se vincula la que vosotros dispensáis a los esfuerzos que la Unión Social realiza para hacer efectivo entre nosotros su benéfico programa.

Pero, si la Unión Social ha de ser, como debemos desearlo y tratar de obtenerlo, fuerza invencible en la restauración del orden social cristiano, y constituirse, a la vez, en valla infranqueable a los avances de los principios demoletores de la verdad y de la virtud, es de todo punto indispensable que incesantemente tenga ella en nosotros colaboradores entusiastas y abnegados.

Y esa colaboración, en primer término, debe manifestarse en allegar nuevos adeptos a la obra; en la lectura y difusión de sus escritos; en la asistencia a sus actos culturales, y muy especialmente, por parte de nuestros oradores y escritores, en la consagración de su palabra y de su pluma a la siem-

bra de esas ideas de orden, de concordia, de justicia y de caridad que, cumpliendo su programa, viene realizando ampliamente la obra, y de la que ha de germinar, fecundada por el eterno sol de justicia, la armonía en las relaciones sociales, destruida hoy por el desenfreno de las pasiones humanas.

Si, esta es la cooperación que pedimos para la obra, y que ella, indiscutiblemente, exige de todos los católicos, en orden a su consolidación definitiva y para dispensar a los diversos resortes sociales, en toda su amplitud, la fuerza regeneradora que la caracteriza.

Vallándonos de las palabras de Pio X pronunciadas en circunstancias análogas a las que nos ocupan, diremos que todos debemos interesarnos en la marcha y en el robustecimiento de la Unión Social; el que sepa escribir, escribiendo; el que sea orador, hablando; el que reciba sus hojas, esparciéndolas; el que esté en condiciones de suscribir nuevos asociados, suscribiéndolos; el que no pueda más que leer, leyendo, y el que sólo esté en condiciones de contribuir, contribuyendo, y él y todos viviendo según las doctrinas que la obra proclama, y siendo apóstoles de las mismas en las variadas circunstancias de la vida. ¡Magnífico programa! en él hay cabida para todas las condiciones y clases sociales!

Y esta cooperación merece, por nuestra parte, ser especialmente recomendada y particularmente ofrecida a la Unión Social, por todos los católicos, en los días que transcurren. Con íntima complacencia nos hemos informado de que, en breve, se iniciará una intensa y activa labor de reorganización de la obra en las Parroquias de Montevideo y del interior de la Arquidiócesis.

Pues bien, venerables sacerdotes y amados fieles; aunad en estos días vuestros esfuerzos para que esta obra, necesaria, indispensable para educar en la acción social católica y para combatir las perversas sentencias y costumbres, se difunda y robustezca; para que aumente en el número de sus asociados; se divulguen y lean sus hojas y folletos de propaganda y acción; en una palabra, para que se agrupen todas las fuerzas vivas de la sociedad en torno de esta asociación, cimentándose de esta manera el reinado de la justicia y de la caridad, de modo que podamos muy pronto decir: Cristo vive, Cristo reina, Cristo impera en todos los corazones.

Por nuestra parte, animados del vivo deseo de que la obra que nos ocupa se encamine más y más hacia la consecución de los plausibles fines que la animan, ordenamos que en cada una de las parroquias del domingo anterior a la llegada de los delegados de la Unión Social, se anuncie a los fieles dicha visita; se les estimule a formar en las filas de dicha asociación, explicándoles brevemente los fines que ella persigue y los incalculables beneficios que de su propaganda y acción derivarán a la sociedad.

Queremos, además, en prueba de nuestro afecto hacia esta entidad y del vehemente deseo que nos anima de verla conocida, propagada y robustecida en nuestra jurisdicción, encomendamos la realización, en el curso de este año, de una "Semana Sindical", en la que se estudie detenidamente, en todas sus facetas, o, por lo menos, en los más salientes el problema obrero y su urgente solución por medio del curso único: la agremiación de todos los hijos del trabajo a la sombra regeneradora de la Cruz. A las lecciones claras, sencillas y prácticas de esta semana, que será el segundo curso de la Semana Social del Uruguay, se agregarán reuniones íntimas de todos aquellos elementos que se interesan por esta acción en el mundo del trabajo, y especialmente a los afiliados a la Unión Social, a los Círculos de Obreros, a la Democracia Cristiana y a la Federación de la Juventud Católica, que constituyen el Secretariado Sindicalista del Uruguay de modo que en esas reuniones se concrete la labor que ha de

efectuarse en favor de la clase obrera, la que redundará en favor de la clase capitalista, ya que una organización cristiana de las masas trabajadoras debe necesariamente ser beneficiosa a la clase patronal.

Y, por último, como la actuación del orden cristiano en la sociedad (fin perseguido por la obra que nos ocupa) no puede existir sin el conocimiento de las doctrinas y la práctica de las leyes que lo constituyen; y como, por otra parte, esas doctrinas y leyes están contenidas en el pequeño libro que llamamos Catecismo, clave que resuelve todos los problemas sociales, encomendamos, también, a la Unión Social, para el año que corre, la organización de un gran Concurso Catequístico, entre todos los colegios y escuelas católicas y centros doctrinarios de la Arquidiócesis.

Ni por un momento podemos dudar del feliz éxito de estas iniciativas. No reposa nuestra confianza, ciertamente, en nuestras fuerzas, que son nulas a ojos vistas, sino en la dedicación y empeño del honorable Consejo Directivo de la obra; en vuestro celo y abnegación; en vuestros sacerdotes y amados fieles; y, muy especialmente, en la gracia de Dios, que todo lo anima, vivifica y facilita, y que nunca falta, antes bien, desciende a torrentes del Padre de las luces y del glorioso de las misericordias, sobre los que se ocupan en proclamar la gloria de Dios y buscan en todo el bien de sus semejantes.

Que sea prenda de este auxilio celestial la bendición que os impartimos con toda la efusión de nuestra alma.

Juan Francisco Aragone, Arzobispo de Montevideo.

Montevideo, abril 5 de 1920.

¡Está bueno!

A "El Día" no le probó bien la reciente semana de fiestas.

Protesta porque han sido muchos días de holganza y reclama una revisión de la ley que establece la semana del turismo.

Pero lo gracioso de su protesta, está, en que reconoce que era preferible la Semana Santa, como antes se fijaba en el calendario, pues existían tan sólo tres días de fiestas.

Conque para los jacobinos de la calle Mercedes es preferible volver a llamar por su verdadero nombre, es decir Semana Santa, a la que se disfrutó con el de semana del turismo, con tal que se fijen tres días festivos solamente.

¡"El Día" bregando por el restablecimiento de la Semana Santa!

¡Está bueno!

Pascua de Resurrección

Pasaron ya, los días tristes de la pasión de Jesús. El Hombre-Dios, cumplida ya, su misión de amor sublime en la Tierra, realizada su obra estupenda, de misericordia y de piedad, mostró luego, todo su poder, su gloria infinita y su Divinidad negada, saliendo radiante, gloriosísimo, del sepulcro oscuro y estrecho en que habían encerrado su cuerpo Sacrosanto.

Y su surgimiento, solemne, triunfal, esplendoroso, venciendo todos los obstáculos que la estulticia humana había puesto a su salida del sepulcro, dando perfecto y público cumplimiento a las predicciones de los profetas y ofreciendo luego, en sus múltiples apariciones, pruebas irrecusables del estupendo milagro, es, por sobre todos los hechos maravillosos de su vida única, la más contundente prueba de la Divinidad de Jesucristo.

Y cuánto amor, cuánta dulzura, cuánta misericordia, en el Jesús resucitado! Tanto, al aparecerse a las mujeres llorosas y consoladoras, como al quejarse de la duda de Tomás y hacerle tocar amorosamente sus llagas, como al hablar con los discípulos de Emmaus, el Jesús amorosísimo e inmensamente misericordioso de la Eucaristía, apareció en toda su dulce bondad, como sintiendo abandonar a los hombres, que tanto lo habían hecho sufrir, y como temeroso y compade-

cido del género humano, al pensar que muchos de nosotros no aprovecharíamos de sus infinitos y meritisísimos sufrimientos, y despreciaríamos el raudal de los tesoros de su amor y de su gracia...

Y es más glorioso aún, si puede decirse así, su Resurrección, al pensar que, al mismo tiempo que se fué, triunfador del pecado y vencedor de la justicia del Padre, quedó con nosotros, sus verdugos y sus beneficiados, repitiendo, momento por momento, hasta el fin del mundo, su horrenda pasión y su sublime galardón de piedad, de abnegación y de infinito amor, dándonos aún por alimento y acompañándonos desde el Tabernáculo.

El quiso que su Resurrección gloriosa fuese también el símbolo de la resurrección que nos da a cada instante, a la vida de la gracia, después de habernos sumergido, nuestra ingratitud y nuestra miseria inmensa, en la muerte horrible del pecado.

EL DUELO

La tristísima desgracia ocurrida estos días, en el duelo Beltrán-Battle, ha conmovido profundamente a toda la sociedad y ha hecho reflexionar a más de cuatro personas sobre la enormidad, la absurdidad, y el horror de una institución como esa, que no tiene más razón de existir, que la supervivencia de una costumbre bárbara de hace muchos siglos y la poca reflexión de muchos que, llamándose avanzados y teniendo a gala demoler todo lo tradicional, hasta lo más respetable, lo más fundamental, lo más sagrado, están llenos de prejuicios ridículos, y tienen en su alma sentimientos, tendencias y conceptos propios de indios salvajes.

Y se quiere suprimir toda penalidad al duelo! ¿No se comprende, que el duelo es más culpable, más peligroso y produce mayor alarma social que muchos homicidios, hijos de un impulso del momento, casi instintivo? ¿Qué arregla el duelo? Cuando un hombre vilmente ultrajado, desafía a su ofensor y éste lo mata friamente, ¿cómo se llama a eso, porque es un espadachín sobre ser un miserable? ¿qué se ha obtenido? ¿Qué honor se ha lavado? ¿Qué justicia se ha hecho?

Sea cual sea el resultado del duelo, ¿a quién da patente de honorabilidad? La da al matador, cuando es a muerte? ¿La da al muerto? Cuando es de "hanga pichanga" y los duelistas se van a comer juntos, con sus padrinos, ¿está el "honor" lavado?

Nada de eso; el duelo no solución absolutamente nada. O es un homicidio premeditado, a veces también alevoso, o es una farsa indigna y grotesca. Y los conten-

dientes quedan como antes, en cuanto a su honorabilidad y a sus actos públicos o privados. ¿Qué decimos? Quedan peor que antes, porque, además de no haber reparado ninguno de los males ocasionados, crean nuevos desastres, o por lo menos, dan un ejemplo funesto a los demás.

¿Qué dirán, a todo esto, los diputados Ramírez y Terra, que pedían la supresión de toda pena a los duelistas siempre que procedieran como "caballeros"?

(Obrévese que, según "las leyes de honor" sigue siendo un perfecto caballero el miserable que, valido de su destreza en el manejo de las armas, comete toda clase de villanías y lleva luego al matadero a sus víctimas, a las cuales mata friamente, voluptuosamente quizá, después de haberlas atacado en su honra y hasta de haber hecho la desgracia de su hogar).

Es hora de que los hombres sensatos y honrados se unan en fuerte liga contra esa plaga funesta, absurda, que es un enorme anacronismo en estos tiempos, y que, sin producir un solo beneficio, ocasiona males incalculables.

Los muertos que vos matais...

Una vez más la Iglesia Católica ha recordado el sacrificio sublime de su Divino Fundador.

Y el pueblo, se ha asociado a la Iglesia, tributando a su Redentor, el homenaje de su filial amor, de su admiración y su gratitud.

Y ha acudido en masa al cumplimiento de ese deber sagrado, dando un nuevo y elocuente testimonio de su fe.

Nada más lógico ni más justificable que la grandiosidad de ese homenaje, que esa exteriorización indiscutible de la fuerza numérica que constituye el catolicismo en el Uruguay.

Sin embargo, queremos hacer resaltar esta nueva circunstancia, como un mérito aplastante y decisivo a los que afirman que la religión ha muerto en nuestra patria, que la fe se ha extinguido en nuestro pueblo.

Contra esas afirmaciones del sectarismo, colocamos los hechos, como prueba inconfundible de su falsedad.

Los liberales, a quienes la pasión no ciega ni los induce a desconocer la verdad, han reconocido, por sus órganos informativos, la imponente manifestación de fe exteriorizada por el pueblo católico con motivo de los actos de Semana Santa.

Y es ese reconocimiento irrecusable, una nueva y concluyente demostración de que el pueblo uruguayo conserva aún, como inapreciable legado, la fe que le legaron sus gloriosos antepasados.

Con que, señores Jacobinos: los muertos que vos matais, gozan de buena salud.

De François Veullot

CARTA DE PARIS

LA POLÍTICA FRANCESA

(Especial para «EL AMIGO DEL OBRERO»)

Paris, Febrero 5 de 1920.

Tres acontecimientos políticos de muy alta importancia, han marcado el mes que acaba de transcurrir:

la renovación parcial del Senado, la elección del Presidente de la República y la Constitución del gabinete Millerand.

Conviene resumir aquí la significación de este triple acontecimiento cuyos detalles son ya conocidos de mis lectores.

No puede negarse que las elecciones senatoriales no han sido tan satisfactorias como el escrutinio del 16 de Noviembre último, que renovó la Cámara de Diputados. Mientras que la asamblea legislativa había sido, hace dos meses y medio, profundamente hievorada, la asamblea senatorial no ha sufrido sino una modificación a penas sensible: modificación que se ha producido, es cierto, en un sentido bueno, pero que en suma, deja al Luxemburgo con una composición y un estado de espíritu sin cambiar.

No hay que sorprenderse, ni desconcertarse, ni inquietarse por este

hecho; él es perfectamente normal, corresponde a una ley de nuestra política, cuyos efectos se han podido verificar, ya, repetidas veces.

El Senado, desde el advenimiento de la República, está siempre en retardo de varios años, respecto de la Cámara. El sufre o realiza la misma evolución, pero con mucha mayor lentitud. Este fenómeno proviene de la renovación parcial de sus miembros y del sistema de sufragio a dos grados que se usa para la elección. Cuando, al principio de la República la Cámara señaló un movimiento acentuado hacia la izquierda, fué en el Senado, en donde el Mariscal Mac Mahon pudo apoyarse para intentar la reacción del 16 de Mayo. El Luxemburgo era todavía conservador, y muy netamente. Más tarde, con el gabinete Bourgeois, el radicalismo obtuvo sus primeros éxitos en el Palacio Borbón, los nuevos partidos encontraron en el Luxemburgo una resistencia irreductible. El Senado era todavía muy resueltamente moderado.

la manera:
—Hijo mío, mucho me duele tener que decirte que ya a serenos necesario que tú emprendas alguna carrera o te dediques a algún trabajo inmediatamente práctico. Somos pobres, pero de los de peor condición, porque la nuestra ha de ser disimulada y encubierta debajo de una apariencia de inalterable bienestar. Vas a sacrificar tu independencia de espíritu; ya no te quedará sosiego para pasar tu tiempo encerrado en la biblioteca o en el solitario regazo del bosque de nuestra dehesa; ya no te será dado amar al estudio por el estudio mismo, a los ideales de la belleza y de la verdad por las mismas verdades y bellezas, sino que de éstas has de hacer tus operarios, aplicándolas al trabajo de asegurar tu vida y la nuestra. Todo se ha derrumbado, todo lo hemos perdido; y hasta el último momento conservaba la esperanza, que dicen alienta a muchos capitanes hasta el instante último del naufragio. Sólo nos queda ya esta casa en que vivimos, la casa de tus nobles antepasados, y aúna esta casa habrá de venderla, dando a entender a las gentes que esto no es por nuestra ruina, sino por el deseo de mudar de vida dejando la tediosa e inactiva de la ciudad por la animada y brillante de la corte.

Era José María un hombrecito menudo, fino, de clarísima inteligencia, de espíritu reconcentrado y reflexivo; un gran señor en la inmensa riqueza de los libros que él poseía y gozaba; un libro solitario del bosque; un alma piadosa, pensadora y contemplativa, y, desde luego, comprendió el grandísimo riesgo que corría al verse, por el infortunio, arrojado al mundo de las luchas, de los contrastes, divergencias y disidencias, convenciones y tragicómicas accidentes; en la horrible realidad, bárbara y rutinaria.

Nada dijo. Cerró los ojos, apretó uno con uno sus párpados como si por ello estrujara su pena que destilase el amargo zumo, gruesos lagrimones.

Al cabo de algunos días presentóse a su madre y la dijo:

—[Estoy dispuesto a todo. Haré lo que usted me mande, madre mía. Sólo le pido que si vendiese la casa hágalo imponiendo la condición al comprador de que siga siendo nuestra la panera de la corralada, y que allí, madre mía, queden guardados los libros de la biblioteca... ¡Mis adorados libros!

—Así lo haremos, hijo mío; así lo había yo pensado.

Con las rebañaduras que de la pasada riqueza hubo de quedarles, que pudieron fijar una modesta renta vitalicia, y así, con hábil manejo de, estira y afloja, cuando por pujos expansivos, cuando por restrictivos hiciéronse a un equilibrio inestable, pero al fin relativamente asegurado merced a la perseverancia y prudencia del celo maternal.

Las muchachas, en un principio de hallarse en la corte, estuvieron encozadas y asombradas como pajarillos que de improviso se vieran puestos fuera de la jaula; que jaula para ellas había sido la pequeña y no muy populosa ciudad de Avila.

Mas luego pasó la timidez y la ofuscación y aletearon, revolviéronse gozosas y hasta fué para ellas más regalada la medianía del sustento en Madrid que la holgura en la provinciana ciudad; hallaban en su nueva vida libertad y novedades, estímulo de sus ensueños y de sus juveniles esperanzas.

Dos años después, José María había terminado su carrera, engullendo con ansiosa impaciencia las asignaturas.

—Madre, ya estoy cebado como se cebe a un pavo para el banquete de Navidad; me he puesto en condiciones de que me den el título de abogado; pero así yo conozco el Derecho seguido a curso rapidísimo como puede conocer una comarca el viajero que sólo la ha visto por las ventanillas del vagón del tren en que la cruza a velocísima marcha. Además doy a usted la noticia de que un compañero mío me ha proporcionado la plaza de secretario particular de un político de los de la recua; que sirven como esclavos al jefe de un partido. Dame un pequeño sueldo, mi amo, y me señala una corta retribución si entro como redactor de un periódico que él sostiene. Las esperanzas de usted, madre mía, no se cumplen; los sacrificios que por ayudarme en la carrera ha hecho no pueden ser recompensados. Ahora bien: mi amo, que es hombre vulgar y nada afecto al estudio, pretende ocupar un puesto, para el cual se hace necesario tener por lo menos la apariencia de hombre estudioso, y para ello trata de hacerse una biblioteca. Vale la nuestra más de 12.000 duros, mal pagada; 12.000 duros que serían para usted un remedio. Le he propuesto al amo, previa la venia de usted, venderle la nuestra, y él lo ha aceptado.

La madre, deshecha en lágrimas, comprendiendo el gran sacrificio de hijo, arrojóse a sus brazos, y después, a ruego de él, convino en la venta de la biblioteca.

Dos meses más tarde la biblioteca se hallaba establecida en casa del senador.

Enserado en su cuarto, José María respondía a las palabras consoladoras con que un compañero trataba de hacerle más tolerable la pérdida de sus libros.

—No; no quiero que mi madre se apersiba de mi dolor. Ahora no sé un hombre dueño de enriquecer mi espíritu trabajando con independencia en la mina de la lectura y del estudio. No tendré afectos propios ni propio pensamiento; tendré que servir a las pasiones ajenas, ser vocero de las ideas de otro. Habré de ir y venir; correr y saltar, fingir alegría o tristeza, amor u odio, representar, en fin, en la política las comedias que el partido de que sea siervo ponga por conveniencia en escena pública.

Habré de aparentar ciencia y conocimiento sobre todo cuanto se ofrezca, aunque de ello no tenga ni la más mínima noción. Seré uno de tantos en la danza moderna, en el colectivo bullicio. Llegaré a ser rico; pero ¿de qué me servirá mi riqueza, si yo no la apetezco ni la sabría disfrutar? Tanto me servirá como a mi amo la biblioteca. ¡Locuras de la fortuna!

No soy un hombre, no soy un pensador soy un chisgarabís. Por asegurar el porvenir de los que amo he vendido mi alma al diablo Mundo.

Provisto de mi correspondiente cucharón, que podrá meter en ese gran caldero de la bazofia pública pomposamente llamada cultura general, no habrá para mí otro alimento.

¿Dónde mi libertad para el estudio?

¿Cuándo tendrá el sosegado tiempo?

¿Cuándo la serenidad de alma para conseguir la riqueza de la instrucción?

¡Dios lo sabe! Por ahora he de revestirme con las baratijas y relumbrones de lo que hoy se llama ilustración.

Chisgarabís lloraba como, sin duda, debió llorar Adán al recordar el perdido Paraíso.

J. ZAHONERO.

AVISOS PRESENTES

ALHAJAS, RELOJES, BRILLANTES
Gran variedad de gustos, lo hallarán en la acreditada Joyería y Relajería San Carlos, de C. Mato y Hnos. Se hacen alhajas al gusto del interesado. Se componen alhajas y relojes por difíciles que sean. Taller en la casa. Inmundo surtido en medallas, son diamantes, de oro "Fix", de plata, etc. Pidan precios que se le enviarán en seguida, los cuales son sumamente ventajosos, calle Gaboto núm. 1836, entre Migueltet y La Paz, Montevideo. No confundir; a mitad de cuadra.

COCHERIA DEL CARMEN

De Manuel Rodríguez y Cia, calle Vazquez 1374 entre 18 de Julio y Uruguayos. Se atienden pedidos a toda hora del día y de la noche. Carruajes por mes y servicio para casamientos, paseos, etc., etc. Servicio fúnebre, desde los más pomposos a los más sencillos. Elementos de primer orden. Precios módicos. Teléfonos: La Uruguaya 601 y La Cooperativa 1144.

TIENDA

Tienda de Correa Luna Hnos.—Calle Juan Carlos Gómez 1332.—Precio fijo.—Teléfono: La Uruguaya núm. 73.

LIBRERIA, PAPELERIA Y TIPOGRAFIA LA POPULAR

De Mosca Hnos.—El más completo surtido en artículos del ramo. Casa especial en librería y estampería religiosa.—Situada en la calle 18 de Julio 1574.—Teléfono: La Uruguaya 768, (Córdoba).

OPORTUNIDAD

Se venden: una estantería y mostrador de pino, soportes niquelados para vidriera. Tratar Mercedes 947.

SE VENDE O SE ALQUILA

Un hermoso y bien situado solar con 15 metros de frente a la Carretera a Colón, próximo a Sayago.—Ocurrir: Mercedes 947.

Participación a vapor del Estado

Venta de M. Pena e hijos

CALLE CONSTITUYENTE 1494

PRIMERA Y ÚNICA FÁBRICA DE BUCADITOS DE MONJA

Casa especial en la fabricación de gelatina.—Se vende por loges para sandwiches alemán de atrecho y de graban.

Jardin del Siglo

Fundado en 1878

Establecimiento de Horticultura

y Casa de Flores, Semillas y Macetas finas, etc.

Desalvo & Revello

Casa Central, SIERRA, 1648

Vivero, CAMINO MALDONADO

Unos de Tronera núm. 54

MONTEVIDEO

Teléfono: LA URUGUAYA 2125 (Córdoba)

PROFESIONALES

JUAN N. QUAGLIOTTI—Médico-cirujano.—Consultorio: Hospital Maciel.—Consultorio: Uruguay 1256, de 1 a 3 p. m.—Casa particular: Bartolomé Mitre 1270.

HOMERO MARTINEZ ALBIN—Abogado.—Av. Gral. Flores 358.—Estudio: Rincón 508.—Teléfono: 400, Aguada.

HECTOR E. TOSAR ESTADES—Abogado.—Treinta y Tres 1460

EDUARDO TERRA AROENA—Ingeniero y Agrimensor.—25 de Mayo 254.—Proyectos de obras en general.—Mensuras, Divisiones y Nivelaciones.

DOCTOR ALFREDO CANZANI—Médico cirujano.—Consultas de 1 a 2 y 30 todos los días hábiles menos los jueves.—Reducto 2738.—Teléfono Uruguay 575 (Aguada).

LUIS ARRASTE VICTORIA—Arquitecto y agrimensor.—Proyectos, dirección y construcción de obras, peritajes, tasaciones y mensuras.—Avenida 18 de Julio 1698 (entresuelo).—Teléfono Uruguay 4204. (Córdoba).

MIGUEL PEREA—Abogado.—Estudio: Calle Mercedes 941.

MARIO ARTAGAVEYTIA—Médico-cirujano general.—Consulta de 1 a 3 y 1/2 p. m.—Teléfono: La Uruguaya 2337 (Central), Calle 25 de Mayo 689.

JOSE L. MULLIN—Abogado.—Estudio: Andes 1360.—Domicilio: Av. Barrio 84.—Pocitos

LUIS P. LENGUAS—Médico Cirujano.—Consultas de 2 a 3 p. m.—Avenida 1911.

JUAN VARESE—Escribano público.—Iturzaingó 1439.

CONRADO GONZALEZ BARBOT—Escribano público.—Misiones 1388.—Teléfono La Uruguaya 1260 Central.

IGNACIO BERGARA—Escribano público.—Calle Misiones 1495, entre 25 de Mayo y Cerro. Domicilio particular: Andes 1527.—Teléfono: Cooperativa 823.

CLASES DE CASTELLANO—Héctor E. Tosar Estades.—Treinta y Tres 1460.

ERNESTO CARDellino—Dentista. Jefe de la Clínica del Hospital de Niños.—Consultas de 7 1/2 a 11 1/2 a. m. y de 2 a 6 p. m. Los jueves y días festivos no hay consulta.—Calle Soriano 839.—Teléfono: La Uruguaya 675 (Central).

EXAMENES DE FEBRERO—Liceo Colón inicia cursos de Ingresos, Secundaria, Preparatorio, Magisterio y Comercio.—Gaboto 1845.

LAGUARDA HNOS.—Cirujanos dentistas.—Nuevos sistemas para la confección de dientes artificiales.—Extracción de dientes sin dolor.—Obstrucciones de oro, platino y porcelana.—Consultorio: Yí 1290.

E. J. GONZALEZ—Escribano público.—Calle Misiones 1495, entre 25 de Mayo y Cerro. Domicilio particular: Andes 1527.—Teléfono: Cooperativa 823.

PARA VARONES—Colegio de la Sagrada Familia.—Enseñanza superior y elemental comercial

Imprenta "LATINA"
JOSE M. BLANCO
Calle FLORIDA, 1532
MONTVIDEO

Extracto de Malta Montevideana

Bebida-alimento muy agradable y sumamente nutritiva
El mejor tónico y reconstituyente de efectos admirables en todo organismo que requiera ser fortificado. Es también la mejor bebida para las personas sanas. El Rey, Padre Juan B. Dis, Superior Mercedario, manifiesta su opinión en la siguiente forma:
"Esconocido en todo y por todo su acción vigorosa y natural para los organismos débiles."
Sociedad Anónima
Carretería Montevideana Calle Santa Fe 1085

FARMACIA Y DROGUERIA del "LEON DE ORO"

JOSÉ MARÍA SUEIRO
FARMACÉUTICO
CASA MATRIZ FUNDADA EN 1889
Avenida 18 de Julio 809
esquina Convención 1251-1252
FARMACIA "SUEIRO" SUCURSAL:
Avenida 18 de Julio 1907 (bto) casi esq. Arca del Grande (Córdoba)
IMPORTACIÓN DIRECTA DE DROGAS
ESPECIALIDADES EN PERFUMERIA
SE DESPACHA PARA EL CÍRCULO CATÓLICO
TELÉFONO: LAS DOS COMPAÑÍAS

Idiomas.—Calle Agraciada número 1960.
Escuela de San Vicente.—Gratuita.—Fundada en el año 1859 por la Sociedad de San Vicente de Paul.—Enseñanza elemental para varones.—Calle Treinta y Tres núm. 1288.

Colegio Pbro. José B. Capurro.—Dirigido por los Hermanos de la Sagrada Familia.—Calle Maciel 1377.

Colegio Seminario.—Enseñanzas elementales y de bachillerato en ciencias y letras y superior.—Admite externos, pupilos, tres cuartos pupilos y medio pensionista.—Soriano núm. 1472.

Colegio de San Antonio.—Bajo la dirección de los PP. Capuchinos.—Se enseña instrucción elemental.—Calle Cadenillas entre Minas y Magallanes.

Talleres de Don Bosco.—Establecimiento.—Formación de artesanos en varios oficios, carpintería, zapatería, carpintería, herrería, panadería, encuadernación, etc.

Colegio Parroquial de San Luis.—Iglesia Parroquial del Reducto.

Colegio Católico de San Vicente.—Plaza San Agustín (Unión).

Colegio de San Pedro Nolasco.—Calle Capurro núm. 145.

Colegio del Sagrado Corazón de Jesús.—Dirigido por los RR. PP. Salesianos.—Calle Mercedes núm. 1769.

Recibe medio-pupilos y externos.

Colegio de San Francisco de Asís.—Dirigido por los RR. PP. Capuchinos (Nuevo París).

Colegio Pío (en Villa Colón).—Enseñanza elemental y superior.—Admite externos, pupilos y medio pupilos.

Colegio de la Guardia de Honor de Corazón de Jesús.—Calle Maldonado núm. 1067.

PARA NIÑAS Y SEÑORITAS
Colegio de las Religiosas Dominicas.—Calle Rivera núm. 2257.—Admite externas, pupilas y medias pupilas.

Colegio Clara Jackson de Heber.—Dirigido por las H. H. Dominicas de la Anunciata.—Admite pupilas, medio pupilas y externas.—Teléfono: 1206 (Central).

Colegio de Nuestra Señora de Lourdes.—Dirigido por las Hermanas de la Anunciata.—Admite pupilas, medio pupilas y externas.—Calle Maldonado núm. 14.

Colegio San José, para niñas y señoritas.—Dirigido por las Hermanas Josefinas.—Cerro de Montevideo.

Escuela-Taller de las RR. HH. V. centinas.—Se da enseñanza superior.—Calle Reconquista núm. 432.

Escuela-Taller de María Auxiliadora.—Se admiten externas, medio pupilas o internas.—Calle Canalones esquina Magallanes.

perdón y del cariño de Paulina! ¡mo lograba calmar los terrores que le asaltaban, y que eran tan angustiosos por obra del torpe silencio!

Se oyeron pasos precipitados sobre arena de la avenida. El señor Curcio, uno de los primeros de la Caridad, llegó a ellos para guiarlos y para anunciar al sacerdote que el moribundo había dado señales de arrepentimiento.

Ya era tiempo. El perdón desceñó sobre aquel alma pecadora, y Cristóbal inclinándose, posó sus labios puros sobre la frente casi helada por la muerte.

—En nombre de su hija de usted, dijo la joven.

Y bajo la impresión de este beso límpido, el desgraciado exhaló el último suspiro.

XVII.
El médico había certificado la defunción, y la religiosa amortajó el difunto, dándole para que lo colocara en el ataúd.

Eran las dos de la tarde, y la del guarda, que con indecible angustia esperaba a su padre, invitó a Cristóbal y a María Teresa a tomar algún alimento. Hubiera sido insostenible para los jóvenes sentarse en el gran comedor donde tantos alegres momentos se habían reunido otras veces; entró en la portería, donde la pequeña Susana, llorando siempre, extendió una servilleta sobre uno de los estantes de la limpia cocina. En medio de este y de su turbación, sus instintos de fércica hacendosa y servicial la

cha siniestra, enrojeciendo uno de los desnudos brazos y la ahuecada falda de la danzante, tenía elegancia a un tiempo terrible e irónica.

Cerca del bufete, atestado de objetos elegantes y exquisitos, plegadera y portaplumas de oro, pisapapel de bronce, escribanía esmaltada, había papeles estrujados y rotos; en la chimenea, cenizas negras volteaban lentamente a impulsos del viento que entraba por la abierta ventana. Y, en lugar muy visible, sobre el papel rosado de una carpeta abierta, un sobre, cerrado con lazo rojo sin sello, llevaba el nombre de Paulina, escrito con letra apenas legible.

Cristina y María Teresa habían arrastrado el colchón junto a la ventana, para exponerlo al aire fresco del jardín. El perfume de las lilas y de los clisios llenaba la habitación, mezclándose con el olor pesado de la sangre, que seguía enrojeciendo los vendajes.

Cristina no cesaba de bañar las sienes del moribundo y de abanicarlo. Al fin éste hizo un débil movimiento que le arrancó profundo gemido; después, reanimado acaso por este dolor, abrió los ojos, que ya empezaban a vidriarse. Con aquella poquísima sensación de vida tuvo conciencia de lo que le pasaba, porque tras un esfuerzo—visible por la expresión de angustia que le acunó al semblante—para darse cuenta de su situación, su mirada, medio obscurcida y llena de espanto y de sufrimiento, se detuvo en Cristina.

—Venga, María Teresa, hablele; a usted la conoce—murmuró la joven.

Reprimiendo un sentimiento de horror involuntario, María Teresa se arrojó y tomó la mano manchada de sangre del desdichado.

—¡Hemos encontrado a usted herido y le hemos auxiliado—dijo con voz temblorosa.—¿Me conoce, verdad? Soy María Teresa de Marménnes, la amiga de Paulina.

La mano que María Teresa oprimía, se estremeció, y el Sr. Montperon hizo un esfuerzo para hablar, que produjo nueva hemorragia. Sudor frío le bañaba la frente, y respiraba cada vez con más dificultad.

—Su querida hija Paulina no está aquí—exclamó Cristina, inclinándose sobre el herido y hablándole lentamente, claramente, para fijar las ideas vacilantes del moribundo.—Vendrá, pero mientras llega permítanos que ocupemos su puesto, y que le digamos lo que ella le hubiera dicho...

El Sr. Montperon volvió a esforzarse por hablar, y su mirada inquieta, torzada, se dirigió hacia el bufete.

Cristina, adivinándolo, se llegó a donde estaba el sobre cerrado.

—¿Le ha escrito usted? Yo le entregaré la carta... Sí, ahí está, sobre la carpeta... Avisaremos a Paulina en cuanto llegue el médico...

Concienzó otra vez a bañarle las sienes, viéndolo debilitarse por momentos; después, señalando el cielo a María Teresa para invitarla a rezar, se arrojó junto al improvisado lecho, y tomó entre sus manos las del Sr. Montperon.

—Ay, era yo una desconocida para usted—le dijo con acento conmovido;

—pero acabo de auxiliarme como lo hubiera auxiliado su hija; ella es quien le habla por mi boca, porque experimento toda la compasión que ella hubiese sentido ante los horribles sufrimientos de usted... ¡Déjeme consolarle en lugar de ella! Usted ha querido morir, y ese es un crimen contra su única hija... Ella le perdonará... Es también un crimen contra Dios...

El rostro del Sr. Montperon, que se había turbado al oír el nombre de su hija, volvió a adquirir expresión rígida e indiferente.

—Aun cuando no haya pensado usted durante la vida que hay un Ser a quien debemos dar cuenta de nuestros actos, he aquí el momento que le otorga en su bondad... Antes de este período de olvido, usted creyó en El, indudablemente; su madre le enseñó a balbucir su nombre... Hasta pienso que también esa madre me ha traído aquí para guiar a usted hasta donde ella le espera... Hay un umbral terrible que es necesario franquear... Dios no ha permitido que usted lo pase como rebelde, como desesperado... Dios es Amor. El acogió el alma de usted y olvidará las ofensas, si, contrito y arrepentido, le pide auxilio... Todo se borra, la tierra desaparece... Ha debido sufrir, usted mismo, para decidirse a abandonar a su hija y a ocasionarla tan espantoso dolor... Pero aún se hallan al alcance de usted el descanso y la paz... Diga conmigo, desde el fondo de su corazón destruido, la plegaria que Jesucristo vino a enseñarnos en la tierra, la plegaria que usted rezaba en la infancia.

Y Cristina, con voz penetrante, comenzó el Pater.

Frecuentemente se niegan los milagros, se regatea a Dios la potestad de modificar o de suspender las leyes que El mismo ha hecho, y suele ser increíble todo el que no ha sido testigo de un acto milagroso.

Y, sin embargo, diariamente, a la vista de todos, sin que en ello se fije la atención, realízanse milagros más sorprendentes que la curación de una dolencia corporal: esos milagros son los súbitos retornos al seno de Dios, tras una vida de indiferentismo; son rayos de la fe, fulgurando de repente en medio de las tinieblas de antigua incredulidad; son anhelos de un alma hacia las celestes venturas de las cuales no hizo caso en sus afanes terrenales, y es, sobre todo, ese amor que despierta en la frialdad de un corazón ingrato, y que transforma a un pecador en un justo agradecido a Dios. Hay en esto un milagro que, aun no siendo tangible, exige la destrucción de obstáculos humanamente insuperables; es necesario que Dios se revele al alma, para mostrarle la nada de todo lo que no es El; es preciso que El haga brillar ante el alma la verdad que ha desconocido, para que crea en ella y la ame y desee como patrimonio. Lo que se llama una conversión es algo que la elegancia humana no puede lograr; algo íntimo entre el Creador y la criatura que ha formado, y que quiere para El; hay en ello una influencia divina, un toque divino, un acto divino, lo que nosotros los cristianos conocemos con el nombre de gracia.

es decir, el don gratuito que Dios hace de su Espíritu Santo.

Y he aquí que este milagro se operó en el lecho de muerte del hombre mundano que había rechazado con supremo desprecio todo freno religioso; toda ley divina; que vivió únicamente para este mundo efímero y que viendo naufragar las riquezas, de las que había hecho su dios, acababa de disponer criminalmente de la vida que le había sido confiada en depósito "para conocer a su Creador, amarlo y servirlo". Una vez más la luz había "brillado en las tinieblas"; Dios se revelaba a quien le había olvidado y ultrajado; de repente testigo alma, llena de orgullo e indiferencia, se resquebrajaba al contacto de la luz creadora, y, consciente de la presencia misteriosa y divina que la envolvía, abría, por entero a las palabras de arrepentimiento que le dictaba una joven desconocida...

Los minutos transcurrieron. A veces un desvanecimiento hacía creer que el instante supremo había llegado; pero los ojos volvían a abrirse, y la mano, que se helaba, buscaba instintivamente otra mano que respondiese, por la presión, al lenguaje sublime y nuevo que acababa de escuchar.

María Teresa asistía llorando a este espectáculo punzante y solemne, admirando a su amiga, que cariñosa como una hija, enjugaba el sudor helado de la frente del moribundo, y encontraba palabras cuantas palabras podían confortarle el espíritu y endulzarle los sufrimientos del corazón. ¡De qué modo tan admirable sabía convencerlo del

perdón y del cariño de Paulina! ¡mo lograba calmar los terrores que le asaltaban, y que eran tan angustiosos por obra del torpe silencio!

Se oyeron pasos precipitados sobre arena de la avenida. El señor Curcio, uno de los primeros de la Caridad, llegó a ellos para guiarlos y para anunciar al sacerdote que el moribundo había dado señales de arrepentimiento.

Ya era tiempo. El perdón desceñó sobre aquel alma pecadora, y Cristóbal inclinándose, posó sus labios puros sobre la frente casi helada por la muerte.

—En nombre de su hija de usted, dijo la joven.

Y bajo la impresión de este beso límpido, el desgraciado exhaló el último suspiro.

XVII.
El médico había certificado la defunción, y la religiosa amortajó el difunto, dándole para que lo colocara en el ataúd.

Eran las dos de la tarde, y la del guarda, que con indecible angustia esperaba a su padre, invitó a Cristóbal y a María Teresa a tomar algún alimento. Hubiera sido insostenible para los jóvenes sentarse en el gran comedor donde tantos alegres momentos se habían reunido otras veces; entró en la portería, donde la pequeña Susana, llorando siempre, extendió una servilleta sobre uno de los estantes de la limpia cocina. En medio de este y de su turbación, sus instintos de fércica hacendosa y servicial la